

ros por las hordas modernas, aparece, de pronto, ante nuestra vista con todos sus dolores, todas sus crueldades, todas sus miserias y toda su inverosímil grandeza. Hasta contemplar estos rostros para comprender lo que es la tragedia de los territorios ocupados. Cada uno de esos seres, lívidos, crispados, deshechos, parece salir de algún antro dantesco.

—No podríamos hablar con ellos —le preguntó al Comisario?

—En el "buffet" pueden ustedes ver a los que ya han pasado por la aduana—me contesta.

Y ahí les encontramos, ante las mesitas llenas de vitualias, comiendo cual autómatas, silenciosos, medrosos, con algo de fantasmal en los gestos.

—Viene usted de los Departamentos del norte de Francia?—pregunto a una anciana de nobles facciones y de blanca cabellera.

Sin contestarme siquiera, vuelve la cabeza hacia un sacerdote que lee cerca de ella en un libro de horas.

—Y usted?—digo a otra.

—Yo vengo de Avesnes, en el Norte... Yo soy parienta del Diputado Defoulainé...

—Qué impresiones tiene usted de su largo cautiverio?

La anciana me contesta con un ademán vago, triste, desmayado, que indica un terrible cansancio de la vida, una grande esperanza de la suerte.

¿Lograré hacer hablar a alguna de estas infelices? Todas parecen obedecer a una consigna. Todas huyen de mis indiscretas y piadosas curiosidades. Todas parecen avergonzadas de haber sufrido tanto, tanto, durante tanto tiempo.

—Monsieur—oigo, al fin, que me dicen.

Una mujer rubia, aún joven de una delgadez cadavérica, y que oye mis preguntas con interés, me hace sentar a su lado.

—Lo que hemos sufrido—me dice—sólo Dios lo sabe... Yo vengo de Lille, en donde poseía una papelería elegante, en el centro de la población... Tengo dos hijas; pero, afortunadamente, ninguna de ellas ha cumplido los doce años... Porque el peligro mayor es ser mujer joven... Con las niñas no se atreven. Con las muchachas, en cambio no se puede decir lo que hacen... De repente, en medio de la noche, llaman a las puertas de las casas, entran armados y exigen que todas las mujeres se levanten, sin dárles tiempo de vestirse... Una vez, hace cuatro meses, en septiembre último, al oír los gritos que daban al lado de nuestra casa, ocurrióseme abrir la ventana y vi salir a unos cuantos oficiales, revólver en mano, llevándose a las tres hijas de un relojero, vecino nuestro... Eran tres muchachas preciosas... Cuatro días después, las infelices volvieron a su hogar, medio locas, contando en frases incoherentes lo que habían tenido que hacer para evitar la muerte... Una de ellas tenía una herida

en la cara... Las otras dos tenían las muñecas magulladas, porque las habían atado a una cama... Este es un caso... Uno entra, ciento

Uno, de que yo fui testigo... Interrogo usted a cualquiera de las personas que se hallan aquí y se convencerá de que a cada momento pasa lo mismo en cualquiera de las ciudades invadidas...

Oyendo hablar a esta mujer cada- vérica, algunas de las personas que nos rodean animanse y se acercan, haciendo gestos de aprobación.

—Sí... sí... sí...—murmura un anciano.

—Sí—exclama un hombre relativamente joven, enorme, obeso, jadeante.

—¿Me ve usted a mí—dice una mujer vestida de harapos—

¿Me ve usted?... Yo soy monja... Yo he viajado por países lejanos...

Yo he estado en Siria en las escuelas cristianas... Yo he estado en Armenia... Yo he visto instancias...

Yo he tratado de evangelizar a los druzos, sin conseguirlo... Pero en ninguna parte he presenciado tantos horrores como en mi pobre patria, en mi pobre Francia invadida...

Yo me encontraba en las inmediaciones de Lille en el momento en que entraron los alemanes, en una ambulancia llena de heridos...

Al cabo de una semana no nos quedaba un solo herido francés...

No sé a dónde se los llevaron...

Lo que sé es que a nosotros nos obligaron a cuidar a nuestros enemigos, amenazándonos con los más horribles castigos...

A una pobre hermana, porque se resistió a obedecer a una dama diaconesa prusiana, la desnudaron y la dejaron así todo un día, atada a un pilar.

Poco a poco, al rededor de la mesa a la cual nos hemos sentado, los infelices repatriados van acudiendo. Los recuerdos de unos parecen aminorar los de los demás. Las caras lívidas se animan, y en los ojos de espanto enciéndense chispas de fierebre. El aire de la libertad, al que aún no están acostumbrados por completo estos infelices escapados del infierno, refresca sus frentes. Cada uno quiere decir algo, cada uno tiene alguna pesadilla que contar.

—¿Si usted supiera!

—Pero oiga usted al señor cura.

E. GÓMEZ CARRILLO

Página Dominical

Fiestas de la Semana

27 Domingo: Pentecostés—Ss. Juan I. P. y M. y Julia

28 Lunes: Ss. Agustín ob. de C. y Emilia

29 Martes: Ss. Sisiño y Martirio

30 Miércoles: S. Felix P

MAÑANA CONSAGRACIÓN SOLEMNE DE LOS FELIGRESSES DE ESTA PARROQUIA A MARÍA REINA DE LOS CORAZONES.

31 Jueves: Ss. Angela y Petronila
MAÑANA PRINCIPAL EL MES AL SAGRADO
CORAZON DE JESUS

JUNIO

1 Viernes: Ss. Segundo y Pánfilo

2 Sábado: Ss. Eogenio I. P. Blandina

3 Domingo: La Santísima Trinidad

El Sto. Evangelio del Domingo

(San Juan XIV, 23-31.)

Jesús le respondió así: Cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él.

Pero el que no me ama, no practica mi doctrina.

Y la doctrina que habéis oído, no es solamente mía, sino del Padre, que me ha enviado.

Estas cosas os he dicho, conversando con vosotros.

Mas el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas.

La paz os dejo, la paz mía os doy; no os la doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se se acobarde.

Oído habéis que os he dicho: Me voy, y vuelvo a vosotros. Si me amaseis, os alegraríais sin duda de que voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo.

Yo os lo digo ahora antes que suceda, a fin de que cuando sucediere, os confirméis en la fe.

Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, aunque no hay en mí cosa que le pertenezca.

Mas para que conozca el mundo que yo amo al Padre, y que cumplo con lo que me ha mandado, levantaos, y vamos de aquí.

REFLEXIONES

La paz con Dios, es cosa sabida, consiste en la perfecta conformidad de la voluntad humana con la divina, y a ésta se refieren los ángeles cuando en el nacimiento de Cristo cantaron gozosos, diciendo: Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

La paz con el prójimo estriba en la tranquila conservación y comunicación de los hombres entre sí; y esta fue la que Jesucristo encargó a los Apóstoles que desearan a todas las familias con quienes tuviesen trato, diciendo al entrar en sus moradas: La paz sea en esta casa.

La paz con nosotros mismos, no es otra cosa que la omnimoda sujeción de las pasiones a la voluntad, de la voluntad a la razón, y de la razón a Dios; en cuyo sentido dijo el Señor por Isaias, que no hay paz para los impíos.